

Por desdicha el sueño de Cecilio fué muy pesado, y era ya entrado el día cuando nos pusimos en camino. Ya no era hora de retroceder después de haber andado tanto; sentía un impulso secreto que me obligaba á continuar, por más que Cecilio no fuese de mi opinión, y con frecuencia me advirtiera el número de leguas andadas.

Preguntaba con frecuencia por mis viajeros, y todo el mundo los había visto y al parecer debían llevarnos muy poca ventaja; sin embargo, me desaparecían como por arte mágico.

Había dejado ya atrás el desfiladero pedregoso de la Cañada y la hacienda de San Francisco. Al pasar pregunté en los ranchos y en las paradas ordinarias, y todos convenían en que, á corta distancia, delante de nosotros, iban dos jinetes, blanco el caballo del uno, bayo el del otro.

—Seguramente esos dos viajeros tienen el diablo en el cuerpo, dijo Cecilio, y deben ser dos pájaros de mucha cuenta cuando en ninguna parte se detienen.

Sin hacer caso, continué marchando; no quería quedar vencido en tan singular carrera, y á mi curiosidad se unía ya una especie de furor. Por segunda vez desde nuestra salida de Méjico acababa el sol su diaria aparición: los caballos iban ya muy fatigados: por esto al oscurecer del segundo día ví con satisfacción el color encarnado de la hacienda de Arroyo Zarco.



II

La bella mejicana y el joven
de la bandurria

EL vasto edificio de Arroyo Zarco es la mitad de piedra labrada y la otra mitad de ladrillos, y está situado casi á la entrada de las fértiles llanuras de Bajío, pero el sitio que ocupa está muy lejos de ofrecer el aspecto risueño que distingue al valle de aquel nombre. El de Arroyo Zarco (azul) de la hacienda proviene de un riachuelo de aguas azuladas que nace bastante cerca.

Un amplio patio cuadrado con pórticos de piedra parecidos á los de un convento viene á ser como el vestíbulo; los cuartos de los viajeros se hallan debajo de las galerías. Más adentro hay otros dos ó tres patios con cuerdas bastante espaciales para alojar cómodamente un regimiento de caballería.

Ni para pocos ni para muchos había otro alojamiento por allí en el espacio de algunas leguas, por lo tanto era muy probado que hallase en él á los viajeros.

Supe que aquella tarde se habían apeado en la hacienda unos cuarenta ginetes, y á falta de otras noticias hube de contentarme con una cortés invitación para visitar las cuadras. Gran número de caballos comían maíz con ardor que indicaba las largas jornadas que habían hecho.

Lancé una exclamación de alegría al distinguir, el uno al lado del otro, un blanco y un bayo. Era un principio de éxito, mas faltaba lo principal: había que preguntar á unos sesenta viajeros, pues este era próximamente el número de caballos que había en las cuadras: la empresa era impracticable y seguramente ridícula.

Cuando me volvía al patio de entrada para dirigirme á mi cuarto entró con gran estrépito un coche tirado por ocho mulas cargado de colchones y escoltado por tres ginetes armados de sable y escopetas. Uno de ellos echó pie á tierra y fué á abrir respetuosamente la portezuela. Primero bajo del coche un hombre de edad madura, le siguió otro más mozo, y detrás saltó una joven que llevaba el traje adoptado por algunas *rancheras* ricas; traje que las sirve para viajar lo mismo á caballo que en coche. Tenía en la mano un sombrero de hombre con alas muy anchas, su capa, ricamente adornada de terciopelo y de galones de plata, no ocultaba del todo ni un talle esbelto ni unos brazos desnudos y dorados por el sol. Su cabeza descubierta mostraba una magnífica diadema de cabellos negros, y sus ojos, no menos negros y menos brillantes, paseaban en torno suyo esa mirada atrevida, peculiar de las mejicanas.

Parecía buscar á alguien entre los curiosos, y á juzgar por su expresión, no debía hallarle.

La noche cerraba á toda prisa. La bella mejicana se había ido ya á su habitación cuando entró en el patio un nuevo viajero, mozo de veinticinco á veintiseis años, alto y bien formado. Aunque pobremente

vestido, llevaba con gracia su ajado traje y un bigotillo retorcido. Su rostro, triste y altivo, se distinguía por una expresión singular de dulzura. Me llamó la atención una bandurria, pendiente á su espalda de un cordón y una espada enmohecida que pendía de la silla de su caballo.

Detrás del flaco caballo que montaba iba otro también ensillado, y el aspecto famélico del jinete y de ambos animales revelaba á las claras las privaciones soportadas en común, una serie de jornadas sin alimento y de noches sin sueño.

El joven llamó al huesped, pero no á voces, como los demás viajeros, se inclinó sobre la silla y le habló al oído en voz baja. El huesped le respondió moviendo la cabeza negativamente. Nublóse la frente del desconocido, dirigió una mirada triste al coche que había llegado antes, y salió otra vez por la puerta de la hacienda. El tipo me interesó, mas ya era tiempo de olvidar los asuntos de los demás y pensar en los míos. Como no era cosa de ir preguntando á más de sesenta viajeros, le dí orden á Cecilio de ensillar los caballos á media noche y de ponerse de centinela en el patio, junto á la puerta de salida; así sería imposible que ningún viajero saliese sin que él lo viera.

Enseguida me dirigí á la cocina, que sirve á la vez de comedor en las posadas mejicanas. En torno de varias mesas había allí comerciantes, militares, arrieros y criados. Tomado un puesto, oí con bastante indiferencia las conversaciones de los compañeros de mesa, las cuales, como de costumbre entre viajeros, se referían á historias de ladrones, de tempestades y de torrentes desbordados.

No oyendo nada que se relacionase con lo que tanto me interesaba, pregunté á la hostelera en voz alta por los viajeros á quienes pertenecían los dos caballos en cuestión. Me respondió que uno de los ginetes era don Tomás Verduzco que había llegado una hora

antes, y que, teniendo mucha prisa para volverse á marchar, únicamente se detuviera á cambiar los caballos, dejando los suyos para llevárselos en otro viaje. Y añadió:

—Aunque me parece extraño que V. tenga nada que ver con él, sé que debe detenerse dos días en Celaya, y le hallará V. en el mesón de Guadalupe, donde suele parar.

En vano traté de obtener más informes. Aquella mujer me dió la callada por respuesta, y salí de la cocina malhumorado, pensando que tenía que andar todavía cuarenta y ocho leguas, si me obstinaba en alcanzar al misterioso viajero. Dí contraorden á Cecilia y, no teniendo sueño, fuí á sentarme fuera de la puerta junto al camino principal.

Brillaba la luna y en el horizonte las colinas empezaban á cubrirse con su manto de nieblas, mientras que en la llanura las emanaciones de la tierra, condensadas por el fresco de la noche, remedaban un lago apacible. Del seno de estos vapores, y á modo de plantas acuáticas, salían los aloes que crecen en aquel suelo pedregoso.

En medio del silencio imponente, en un país inhospitalario, en el cual tantos peligros cercaban al viajero en aquella época, singularmente siendo extranjero, mi empresa me pareció por primera vez lo que era en realidad: una peligrosa locura. Por vez primera también, desde mi salida de Méjico, empecé á faltarme el valor; tomé la resolución de volverme atrás. Ya iba á dirigirme á mi aposento cuando sentí los sonidos de una guitarra; pensé que sería algún palafrenero que así se distraía en el interior de la cuadra, ó acaso algún arriero algo más lejos, pues los sonidos llegaban como cortados por la distancia, y seguidamente se mezcló á ellos una voz bastante sonora.

Gracias al profundo silencio advertí que el canto

era un fragmento del romancero español, si bien por extraño capricho, á aquellos versos heroicos acompañaba el estribillo de un dicho popular que en otro tiempo estuvo en boga en Méjico.

Tal particularidad me sugirió el deseo de ver al músico; me dirigí al ángulo más apartado de la hacienda; á pocos pasos de allí, al pie de una de las colinas que la dominan, había una hoguera á cuyo resplandor se destacaba la figura del músico, y un poco más allá dos caballos que, atados á una larga cuerda, buscaban las escasas yerbas de aquel suelo.

Avancé poco á poco, á fin de no interrumpir al desconocido, pero el rumor de mis pasos me delató, y la música cesó de repente, oyendo yo en su lugar el ruido que hace una espada al salir de la vaina. La aventura se hacía menos agradable de lo que me figuraba.

Detúveme un momento, pero luego continué acercándome sin temor.

Entonces á la luz de las llamas reconocí al joven viajero que tan corta aparición había hecho en el patio de la hacienda.

—¿Quién va? dijo con acento español muy marcado.

—Un amigo, respondí, puede V. envainar la espada, pues vengo solo y sin armas.

La luna iluminaba los objetos en torno mío con bastante claridad para que el español se convenciese de que realmente no llevaba armas, así su espada volvió enseguida á la vaina.

—Perdone V. mi indiscreción, caballero, añadí al entrar dentro del círculo de la luz, me ha guiado aquí un sentimiento de curiosidad. Si no me equivoco, es usted, extranjero, como yo, y por consiguiente casi un amigo.

A pesar de estas explicaciones en la altiva fisonomía del español había aún expresión de desconfianza. Sin embargo, se sentó y con un gesto cortés me invitó á imitarle.

— Soy español, es cierto, pero ¿no se encuentra un español en su país en toda la América? dijo orgullosamente. Ahora me toca á mi el pedirle perdón á usted por haberle tomado por otra cosa, cuando aun no había reparado en su fisonomía...

— ¿Por quién me había tomado V.?

— Por un espía. Sea V. muy bien venido.

Le correspondí con un cigarro, y nos pusimos á fumar con toda la gravedad de guerreros indios, en torno del fuego del consejo, examinándonos recíprocamente entre el mayor silencio.

A la doble claridad de la luna y del fuego se confirmó mi observación primera respecto á las duras privaciones que debieron haber dejado huellas indelebles en la frente del español, pero sin alterar la nobleza de aquella fisonomía varonil.

— ¿Es V. autor de las estrofas que tan indiscretamente he interrumpido, y que, á decir verdad, me causaron sorpresa por su originalidad?

— No; no hice más que acomodarlas á un aire que he compuesto por circunstancias que sería prolijo referir á V.

Esta respuesta me indicaba la probabilidad de una historia sin duda interesante, y resolví ganar la confianza del joven español, revelándole los raros motivos de mi viaje y el desengaño que me obligaba á regresar á Méjico.

— Hay alguna semejanza en nuestra posición, me dijo; yo, como V., he emprendido una obra sin nombre, mas no quiera Dios que tenga V. que pasar por las pruebas que yo he pasado.

— Hable V.: me gustan las conversaciones bajo la bóveda del cielo y al resplandor de un fuego como este.

— Pues sea: empezaré por decir á V. que soy vizcaíno, y noble, pero no por ningún privilegio, sino por la descendencia de larga línea de antepasados

que reconocían á Lope de Churia como jefe de su antigua raza. Mi nombre es don Santiago Villalobos, pero uso aquí otro, para no profanarle. Ya sabe usted mi nombre, caballero. Ahora le diré lo que he hecho.

Había en este exordio cierta arrogancia á lo Cid, que no me disgustó. Era como una estrofa inédita añadida al Romancero cuyos versos cantara un pcco antes el noble vizcaíno. Luego con más sencillez continuó:

— Por desgracia era tan pobre como noble. En mi infancia más de una vez desperté al soplo helado del viento que penetraba casi sin obstáculo en el ruinoso castillo que habitaba con mi madre: el hambre me hacía olvidar el frío. Así llegué á la edad viril; á causa de mi cuna ni podía emprender un oficio manual ni aceptar un destinillo. Para entrar en el ejército tenía que abandonar á mi anciana madre: sin embargo, como no podía permanecer indiferente cuando la guerra civil estalló en las provincias vascongadas. No sé si sabrá V. que don Carlos se olvidaba con frecuencia de pagar á sus tropas; todo lo que gané en su servicio fué el que continúe debiéndome muchas pagas de oficial.

Al regreso al hogar lo encontré más arruinado que nunca y á mi madre muy abatida bajo el doble peso de la edad y de la miseria. Una noche un buhonero vino á pedirnos abrigo y por él supe que un compatriota se había casado en Nueva España con una mujer muy rica.

— ¿Qué extraño fuera, dijo, que un joven como usted tuviese allá igual suerte? En Méjico la aspiración de las mujeres se reasume en esto:

«Camisas de Bretaña
y dinero de España.»

En mi posición no tenía otro recurso, y me resolví á probar fortuna, haciendo participar de mis esperan-

zas á mi madre. Una cantidad á cuenta de mis pagas atrasadas me permitió tomar pasaje á bordo de un buque, que salía de Bilbao; yo por mí no tenía codicia, pero por librar á mi madre de la miseria aun hubiera ido más lejos. Hace un año llegué á Veracruz; frecuenté asiduamente las iglesias, únicos lugares donde es fácil ver á las veracruzanas, pero ninguna se dignó fijar en mí su atención. Comprendí que, no sitiando una ventana, perdería el tiempo inútilmente.

Recurrí á la música, y compré esa bandurria. Por desgracia, si bien pasaba por músico algo más que mediano, no era bastante poeta para componer una serenata, y me ví obligado á apelar á una estrofa del Romancero, á lo que ha oído V.

El español se puso á fumar otra vez, como quien acaba de desempeñar concienzudamente una tarea, y guardó silencio.

—¿Y sigue V. soltero? le pregunté, sorprendido de un final tan pronto.

—Y á pesar del empeño de una especie de dueña que llevaba camisas de Bretaña ya cuarenta años, pero que no pasaba de eso. Como V. comprende yo había venido á este país en busca de una mujer bella y rica, pero joven.

—¡Ahl Don Santiago, en los cálculos de V. hay un error de medio siglo. Cincuenta años antes un caballero de la figura de V. hubiese tenido noventa y nueve probabilidades sobre ciento de hacer un casamiento ventajosísimo, pero me temo que eso haya pasado ya.

El vizcaino sonrió, ignoro si en reconocimiento por mi lisonja, ó por incredulidad respecto á mi pronóstico. Viendo que callaba continué:

—Puesto que ha sido V. tan franco é indulgente conmigo me permitirá que le pregunte en donde diablos ha cenado esta noche.

A estas palabras nublóse la frente del español y

temí haber abusado de los derechos de una estimación demasiado reciente; pero por más que el joven fuera orgulloso era también demasiado caballero para avergonzarse de ser pobre.

—Aquí, por vida mía, respondió con plácida sonrisa, y aun puedo ofrecer á V. parte de mi cena.

Y me dió un cigarrillo.

—¡Cómo! ¿Es ésta la cena de V.? Vamos, que un pitillo no ha de servir de colación al último vástago de una familia ilustre. Yo hoy me fumé más de una docena, y, sin embargo, luego he cenado perfectamente.

Palabras tales debieron agotar la resignación del pobre hidalgo. Guardó triste silencio, y poco después, cual si quisiera librarse de un huésped importuno, me dijo con dignidad muy natural:

—Caballero: he dado á V. la única cosa que puedo en este mundo: buena acogida á mi lado: use V. de ella como le plazca, pero después de una jornada larga y fatigosa siento necesidad de descanso. Dios le guarde á V.

Hablando así avivó el fuego y se tendió envuelto en su manta, con la cual se tapó la cara, después de hacerme un gesto de despedida; desde aquel instante permaneció inmóvil. Eché entonces una mirada alrededor. Más afortunados que su amo y medio ocultos por la fría niebla de la noche, los dos caballos comían al menos la yerba marchita de aquel suelo pedregoso. Inclinéme con respeto y con el corazón lleno de dolor ante esa honda miseria tan dignamente soportada.

—Don Santiago, le dije, tengo que dar á V. las gracias por sus atenciones y á la vez hacerle una proposición que por mi alma y mi honor le juro que me honraría mucho si la aceptase. Suplico á V. que venga á hacerme compañía en el cuarto que tengo pagado.

Conmovido el joven se incorporó, sus hermosos ojos brillaban en su rostro pálido. Después de vacilar un momento dijo estrechándome la mano:

—Acepto: me hace V. un favor que no o'vidaré nunca. Ahora puedo decir á V. que en vano he solicitado del posadero esa hospitalidad que mi pobreza no me permite pagar, y que sin embargo hubiera comprado al precio de mi sangre únicamente por esta noche.

Tal respuesta era un nuevo incentivo á mi curiosidad; pero don Santiago iba á ser mi huésped y esto me prohibía toda pregunta. Tomamos los dos caballos por la brida, y sin pronunciar una palabra más nos encaminamos á la hacienda.



III

El rapto

DESPUÉS de instalar en mi cuarto á mi nuevo compañero salí diciendo que iba á ver mis caballos, y mandé á Cecilio que fuese por una cena suficiente para dos personas. Volviendo yo á cenar, aunque apenas tocaba los platos, le obligué mejor á acompañarme.

Cecilio, de pie detrás de nosotros, se asombraba del apetito de mi huésped, desarrollado por un ayuno de muchas horas. Al acabar dije:

—Ahora, si la proximidad de una joven y encantadora viajera, cuyo cuarto esta tocando con este, no le impide á V. dormir, creo que hará muy bien en imitarme.

Y me tendí liado en mi manta.

—Bueno, dijo el español, pero acaso, antes de dormirse, no le disgustará á V. oír un poco mi bandurria.

—Está V. en su casa, pero supongo que no se ofenderá, si me duermo escuchándole.

Y á pesar de la dureza de la cama pronto no oí más que sonidos confusos, y por último nada.